

Dualistas y duelistas

Verdad o mentira, éxito o fracaso, conmigo o contra mí. Casi siempre la división es falaz; y los matices, más reveladores



Aristóteles, representado como un hombre en una obra del siglo XIX.
PHOTO 12 / GETTY IMAGES (UNIVERSAL IMAGES GROUP VIA GETTY)



IRENE VALLEJO

29 ABR 2023 - 05:00 CEST

 15 

Si los discursos públicos pudieran medirse como el viento, se diría que estamos en plena temporada de tornados. Los mensajes políticos rugen huracanados para aturdir al oponente y exacerbar las diferencias. Al debatir, los líderes se disparan su disparidad de criterios: las palabras

recién pronunciadas flotan como revólveres humeantes. Quién diría que hace unos años parecíamos plácidamente abocados al aburrido fin de la historia y de la histeria. En poco tiempo, el hábitat verbal se ha vuelto más disyuntivo —y cada vez menos distendido—, mientras los truenos ahogan cualquier posibilidad de escucha.

Dramatizar, claro, es entretenido y fotogénico. [Ortega y Gasset dijo](#) que hablar equivale a exagerar; cuando batallamos por tener razón, nos obligamos a exacerbar nuestras ideas, dislocarlas y esquematizarlas. En la era de la ira, somos hiperbólicos y lo disfrutamos. El problema se agrava cuando entenderse empieza a desprestigiar. Los partidos adversarios pueden alcanzar acuerdos, pero procurando que nadie les pille *in fraganti*. Y ahí entran en contradicción con los engranajes esenciales de la democracia, que consiste en negociar con quien no piensa como tú, en un toma y daca posibilista.

El historiador Tucídides, testigo del apogeo y la derrota de la democracia ateniense, escribió que las sociedades se están descomponiendo —sin saberlo— cuando ridiculizan la moderación como disfraz de la cobardía. [Para Aristóteles](#), la sabiduría consistía en buscar un término equilibrado entre la inacción y la sobreactuación. Advertía que sostener esa postura es duro, porque te fustigan desde dos frentes y estás en el centro de un fuego cruzado. Los extremos siempre atacan al medio, arrojándolo al flanco opuesto. Por eso, el filósofo sugería detenerse a reflexionar y contrarrestar nuestros sesgos: “Hay que tomar en consideración las cosas a las que nos inclinamos más y tirar de nosotros mismos en sentido contrario como hacen los que quieren enderezar vigas”. Es una tarea ardua pero extremadamente saludable.

Incluso si dos concepciones del mundo son el día y la noche, pueden tener más en común de lo que imaginamos. El adjetivo castellano “blanco”, como el francés y catalán “*blanc*” y el portugués o gallego “*branco*”, comparten, por asombroso que parezca, raíz con el inglés “*black*”, es decir, negro. Todas estas palabras descienden de un término que significaba “sin color”. En el norte, los colores se desvanecen en la oscuridad o bajo cielos grises: por eso, significó oscuridad. En el sur, el brillo del sol cegador anula los matices, y de ahí claridad. Hasta las ramas más alejadas tienen raíces compartidas.

Azuzados por eslóganes dualistas, obviamos las coincidencias y proximidades. El profeta persa Mani, fundador del maniqueísmo, afirmó que el mundo afronta [una lucha constante entre el bien y la maldad](#). Por tanto, quien me lleva la contraria no lo hace por razones válidas sino inmorales; no es alguien que piensa diferente, sino el embajador del mal, y es lógico odiarlo. Como escribió la poeta polaca Wislawa Szymborska, desde la atalaya de una historia convulsa: “Ved cuán activo está y qué bien se conserva el odio. Con qué ligereza salva obstáculos y qué fácil le resulta saltar sobre su presa. ¿Desde cuándo la fraternidad arrastra multitudes? ¿Ha llegado alguna vez la compasión primera a la meta? ¿A cuántos voluntarios seduce la duda? El odio sí seduce, ¡y cómo!, es perro viejo”.

La vida sale con frecuencia de los raíles previsibles, y, frente a su complejidad e incertidumbres, nos alivian esas afirmaciones sin matices. Los discursos maniqueos apuntalan certezas, al reducir la realidad a dos categorías, una de las cuales promete cobijarnos: verdad o mentira, civilización o barbarie, éxito o fracaso, conmigo o contra mí. [San Agustín, maniqueo durante casi una década](#), reconocía en sus *Confesiones* el atractivo de esta mirada simplificadora: la lucha eterna de dos principios, uno bueno, simbolizado por la luz, y otro malvado, simbolizado por las tinieblas. Casi siempre, la división es falaz; y los matices, más reveladores. No dejemos que nos manipulen con el legado de Mani. El blanco y el *black* son hermanos, y colorín colorado.